

EL COMANDANTE DEL BATALLON "CAZADORES" EN LA CAMPAÑA LIBERTADORA

JOSE ANTONIO ARREDONDO



OSWALDO DIAZ DIAZ

Uno de los más gallardos y meritorios jefes de nuestro Ejército Libertador en la gran campaña que culminó con la acción de Boyacá, fue el Comandante José Antonio Arredondo; sin embargo es uno de nuestros héroes menos conocidos y su nombre ha quedado en un injusto olvido.

Realmente son pocos los datos de su biografía. Me he esmerado en reunirlos y hoy los ofrezco a los lectores de la Revista de las Fuerzas Armadas.

No se sabe la fecha de su nacimiento pero sí el lugar, que aparece registrado en un antiguo documento. Fue la ciudad de Ceuta, frontera a Gibraltar. Ignoramos las circunstancias de su venida a América y sus primeras campañas, pero una comunicación de Ramón Nonato Pérez, comandante patriota de los Llanos, dirigida al Libertador, nos permite asegurar que Arredondo había militado bajo órdenes de Bolívar, bien en Venezuela, bien en la Nueva Granada. La comunicación aludida pertenece al Archivo del Coronel Leonidas Flórez Alvarez y dice: "No obstante que en la lista no va expresado el Capitán Mayor Comandante Antonio Arredondo, he tenido conveniente por medio de este oficio proponer a Vuestra Excelencia el que se le dé colocación en la vacante de la Comandancia del Batallón de Infantería de Constantes de la Nueva Granada. A Vuestra Excelencia le constan sus

servicios y el honor con que los ha desempeñado en todo el tiempo que se halló al lado de Vuestra Excelencia. Además que no hay en esta provincia otro oficial de más antigüedad y graduación. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Cantón de S. N. 29 de octubre de 1817. 79. R. Nonato Pérez. Excelentísimo Señor Capitán General de los Ejércitos de la República. Jefe Supremo de la Nación, Simón Bolívar".

Así, pues, Arredondo había servido a la Independencia bajo el mando del Libertador. Bien pudo caer prisionero de los españoles en alguna de las acciones de Cachirí, Cuchilla del Tambo o La Plata, porque el dato siguiente que de él tenemos nos lo presenta como Cabo del Batallón de Numancia, pues hallamos su nombre como testigo de la filiación del Granadero Ignacio Vanegas, otro patriota obligado a servir bajo las banderas españolas; pero desertó de ellas, al decir de José Dolores Monsalve: "En septiembre de 1817, llegaron el valeroso Antonio Arredondo y ocho compañeros, en vía para los Llanos, a Machetá, a casa del patriota Vicente Vásquez, que ya tenía hecha gran propaganda revolucionaria en los cantones de Chocontá y Tenza. En Machetá encontraron estos patriotas alimentos, techo, noticias y baquianos para seguir su camino, en casa de la esposa de Vásquez, señora

Getrudis Vanegas que con entusiasmo y patriotismo los acogió". Este grupo de desertores presidido por Arredondo fue a presentarse a Ramón Nonato Pérez, quien a través de afortunados e imprevistos hechos de armas se había hecho notable a los patriotas y temible para los realistas. La desertión se operó en septiembre y ya para el 29 de octubre, Pérez proponía a Bolívar el nombre de Arredondo para Comandante del Batallón de constantes de la Nueva Granada. Su personalidad tenía que ser muy destacada porque otro mes más tarde, el 17 de diciembre de 1817, figura entre los tres comisionados enviados por el Comando de Casanare ante el Gobierno de Venezuela para hacer algunas reclamaciones al Libertador. Fueron sus dos compañeros los patriotas Fray Ignacio Mariño y Agustín Rodríguez. Transcribimos a propósito un documento publicado por Andrés Eloy de La Rosa, que dice en lo pertinente: "Por último y para cumplir con el mismo artículo de nuestras instrucciones, los infrascritos Comisionados recordamos a Vuestra Excelencia que Casanare en el estado de orfandad a que está reducida, exhausta, aniquilada y expuesta a una invasión, no cuenta con otros recursos ni otros auxilios, que con los que Vuestra Excelencia le proporcione para defenderse. Demasiado sabe Vuestra Excelencia la necesidad de conservar y de poner a sus patriotas y honrados vecinos al abrigo de una nueva emigración, y demasiado conoce Vuestra Excelencia que Casanare es el asilo más... y más seguro para los desgraciados granadinos que sean perseguidos en el interior. Nosotros no tenemos que recomendarlo. Vuelva Vuestra Excelencia los ojos sobre Casanare. Los infrascritos nos atrevemos a recordar a Vuestra Excelencia que Casanare pertenece a la Nueva Granada, a ese país desgraciado que ha sido inundado con la sangre de sus mejo-

res ciudadanos, y de donde Vuestra Excelencia una vez pudo sacar un puñado para volar a dar libertad a su patria. Los servicios de esos granadinos con que Vuestra Excelencia hizo la más brillante campaña que conoce la historia, y con quienes logró la más atrevida y laudable empresa que puede concebir un mortal, son los que nosotros interesamos a Vuestra Excelencia para que no olvide aquella pequeña porción de la Nueva Granada, dándole los escasos auxilios de que Vuestra Excelencia puede disponer actualmente que se halla empeñado en concluir y perfeccionar la grande obra de la independencia de Venezuela".

Qué bien arguyen los tres comisionados de Casanare el decisivo contingente de granadinos con que Bolívar dio principio a la campaña que la historia llama admirable y que le permitió entrar a Caracas victorioso para recibir por primera vez el dictado de Libertador!

El Batallón de Constantes de la Nueva Granada se formó particularmente con los patriotas que lograban desertar de las filas españolas o de las comarcas tan duramente castigadas por Morillo y por Sámano, también debieron formar su primer núcleo los restos de granadinos que habían logrado escapar después del combate de la Cabuya de Cáqueza, a órdenes de Manuel de Serviez. Estas tropas granadinas en escaso número se establecieron en la región de Betoyes. El 4 de febrero de 1818 desde San Juan de Payara, el Libertador ascendió a Teniente Coronel vivo de Infantería del Batallón de Casanare al Sargento Mayor Antonio Arredondo. Tuvieron dificultades con partidas sujetas a Páez y otros jefes venezolanos. Estas diferencias culminaron en que Arredondo y su tropa negaran la obediencia y se retiraran a otro acantonamiento. Estas circunstancias —entre otras— determinaron

el envío de Santander, ascendido al grado de General, para que tomara el mando de Casanare y organizara esas fuerzas. Muy bien lo leemos en oficio dirigido por él a Bolívar desde Caribén del Orinoco en octubre de 1818: "... la infantería rebelaría si se la condujese a Apure, y en una marcha que hizo el Coronel Briceño a Betoyes, no sé si con el objeto de aumentar la recluta o con algún otro, el Comandante Arredondo declaró a Briceño, que ni a él ni al General Páez le obedecía su batallón. Briceño, con el nombre de Su Excelencia, emprendió atraer a su partido a la oficialidad y tropa, y mandó que saliesen a únirsele los que quisiesen obedecer a las autoridades: lo verificaron 40 soldados de Venezuela y un oficial, y el resto hasta 400 hombres siguió a Arredondo, quien tomando el parque, armería, etc., dejó las llanuras y se fue a Zapatosa, en donde los Almeidas tenían alguna gente. Arredondo declaró que el nombre de Vuestra Excelencia no se tomaba en boca sino para intrigas y que Vuestra Excelencia ignoraba cuanto pasaba en Casanare; que él y todos obedecían las órdenes de Vuestra Excelencia cuando estuviesen seguros de su voluntad". Se ve bien cuánto era el prestigio de Arredondo y cuánta la adhesión de su tropa. Pero el retiro de Arredondo no significaba desafecto a la persona misma de Bolívar o desobediencia a su mando, porque en cuanto tuvo conocimiento de la presencia de Santander, se apresuró a declararle sumisión y a enviarle un comisionado personal al efecto. Leemos en un documento publicado en nuestro Boletín de Historia y Antigüedades. "Desde que fue rescatada esta provincia por un corto número de desertores del Bajo Apure, se estaba deseando un jefe que, guardándole sus derechos, la pusiese a cubierto de cualesquiera desórdenes interiores y de las tentativas que han hecho frecuentemente los enemi-

gos para sublevarla de nuevo. Esto mismo han declarado muchos granadinos emigrados, que buscando un asilo en ellos, aspiraban al mismo tiempo a organizar alguna fuerza con qué poder restituírse a su país y acaso liberarlo; pero ni lo uno ni lo otro se ha conseguido hasta hoy, merced a la insolencia de las pasiones que todo han tergiversado. Hoy respiramos al fin al saber que se aproxima usted con facultades y auxilios del Jefe Supremo para remediar a ambos males; motivo por el cual todas las gentes celebran su venida, y mucho más nosotros que cansados de sufrir las calamidades del Llano, comenzamos ya, con razón, a concebir esperanzas de establecer un nuevo orden de cosas en Casanare y de que fenezca este linaje de destierro en que hemos caído. ¡Quiera Dios que así sea y usted venga a ser el instrumento de su bondad para con nosotros! El Capitán Narciso Guerrero va cerca de usted con el objeto de informarle de viva voz sobre las causas que han influído en mi separación de las órdenes, así del Gobierno como de la Comandancia General de Casanare. El le manifestará cómo el Batallón a mi mando, estando consumiéndose en Betoyes en la inacción y a fuerza de enfermedades, pudiendo entre tanto haber estado siquiera en movimiento molestando al enemigo en la frontera, no era más que un cuerpo próximo a su ruina, inútil e inerte para el bien público y cómo para salvarlo de su total destrucción y hacerlo en alguna forma beneficioso, resolví, con anuencia de la oficialidad, transportarlo a este punto, donde ambas faltas quedasen remediadas. En efecto, desde entonces cesó la indiferencia en él la mengua, al mismo tiempo que se ha obrado felizmente sobre el enemigo. Usted no debe dudar un momento de mi obediencia: Mi persona, las armas, la oficialidad, todo, está a su disposición, pues nuestros deberes no son otros que

militar bajo las órdenes de un Jefe de la instrucción experiencia y prudencia de usted. Dios guarde a usted muchos años. — Antonio Arredondo. Zapatosa, noviembre 28 de 1818”.

Estos cuatrocientos hombres formaban el Batallón de Constantes de la Nueva Granada y fueron uno de los dos cuerpos de infantería con los que contó Santander como bases para formar esa brillante División de Casanare que vino a constituir la vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada —eje y punta de lanza— durante la campaña a partir de Tame.

Los patriotas de Casanare meditaban de tiempo atrás la invasión al interior del país. La carta de Arredondo nos lo indica y lo confirma un raro documento existente en el Archivo Nacional. Se refiere a que en junio de 1818 hubo en Guateque un movimiento subversivo que alertó a las autoridades españolas. Pretextando las fiestas de San Juan, se reunieron en algunas casas apartadas del lugar numerosos patriotas. Los realistas tuvieron noticia previa y rodearon aquellas habitaciones. Algunos pudieron huir y encabeza la lista de ellos Arredondo, con esta anotación: “Juan José Arredondo. Fue Capitán Mayor insurgente y desertor del Segundo Batallón de Numancia a donde fue destinado. Es hijo de Ceuta”. Hay un equívoco en el nombre, pero los otros datos lo identifican perfectamente. O sea que Arredondo, exponiendo su vida, recorría los caminos del Llano a la Cordillera y se ponía en contacto con los patriotas ocultos para preparar la invasión que meditaba sobre el interior del reino.

Dice el Canónigo Peñuela, refiriéndose al camino de Paya: “Era el mejor práctico y conocedor de todos estos vericuetos el Coronel Arredondo, pues no solo por haber pertenecido a las tropas españolas, sino por el brillante

encuentro que tuvo allí mismo (Paya) el 30 de abril en una emboscada que pretendieron jugarle el Batallón 1º de Numancia y buena parte del Tambo, pero de la cual salió airoso. Por todo esto era un jefe irremplazable en la vanguardia. Santander lo aprovechó acertadísimo para la primera función de armas que se le ofreció”.

Restablecida en todo su rigor la disciplina en Casanare con la llegada de Santander y mejorada la situación de los patriotas con los auxilios que Bolívar les había enviado, Arredondo dio de sí todo su esfuerzo y su capacidad para conformar en magnífico pie su Batallón de Constantes, cuyo nombre le fue cambiado por el de Primero de Cazadores, en orden de Santander que lleva la fecha 12 de febrero de 1819 y que reconoce como su Comandante a Arredondo, con el grado de Teniente Coronel. Como segundo estaba el Sargento Mayor Joaquín París y como oficiales: Fernando Vargas, Custodio Gutiérrez y Eusebio Carvallo.

Iniciada la gloriosa campaña libertadora de la Nueva Granada en mayo de ese mismo año, el Primer Batallón de Cazadores irá siempre en el primer lugar de la Vanguardia, rompiendo la marcha, avanzando sobre todos los demás. Serán los hombres de Arredondo los verdaderos adelantados de la libertad.

Dividido el Cazadores en dos partes tuvo una decisiva actuación en la acción de Paya. Peñuela atribuye el plan de la batalla a Arredondo y así lo confirma una carta para Santander. En todo caso, él, al frente de una parte de su batallón, dio un largo rodeo para caer sobre los españoles desde arriba, en tanto que el resto del Cazadores y los Guías, a órdenes de Santander, atacaban por el flanco inferior. El análisis de la acción de Paya deberá rectificarse a la luz de los docu-

mentos cruzados entre Barreiro y Sámano que lo hacen diferir de lo que es admitido y repetido desde hace años, pero ahora solo importa destacar la acción definitiva y acaso fundamental que en este primer encuentro de la campaña, el 27 de junio, tuvo el batallón de Cazadores bajo el mando de su propio Comandante.

Fue el Cazadores el primero en adentrarse por las siniestras soledades del Páramo de Pisba, por medio de un destacamento al mando de París. Fueron los Cazadores los primeros en Socha y los primeros en Tasco.

El 10 de julio en Gámeza se concedió el grado de Coroneles de Infantería a los Comandantes Antonio Obando, Jefe del Batallón de Línea y Antonio Arredondo, Jefe del Primero de Cazadores. Breve fue el tiempo que disfrutó de su grado el brillante oficial. El 11 tuvo lugar la porfiada batalla de Gámeza. Desde los movimientos preliminares, el batallón de Cazadores tomó parte en ella y soportó el fuego graneado del enemigo, cargando sobre él a bayoneta calada. Cuando las tropas republicanas replegaron, tocó al batallón cubrir la retaguardia y lo hizo con el mismo coraje que había mostrado en el avance. Ya al caer la tarde, una de las últimas descargas españolas alcanzó con dos balas al magnánimo Antonio Arredondo. Sus soldados lo recogieron, dice don Tomás Rueda Vargas que en la propia bandera del batallón, y lo retiraron del campo. Fue llevado a los cuarteles generales de Tasco donde expiró.

La orden del día 13 de julio para la División de Santander dice: "Los señores oficiales de la Vanguardia, en memoria del benemérito Comandante Coronel Antonio Arredondo llevarán hoy y mañana una cinta negra en el puño del sable. Este bizarro oficial ha muerto heroicamente por su patria. El debe servir de modelo a todos los

que tengan honor y sentimientos heroicos". Sin embargo, ninguna unidad militar lleva su nombre, ningún busto recuerda su efigie, ninguna placa recuerda sus méritos.

De haber sobrevivido a la campaña libertadora, Arredondo hubiera tenido una actuación tan destacada como la de Antonio Obando, como la de su subalterno Joaquín París, como la de José María Córdoba. Hubiera mandado divisiones, hubiera sido destinado para llevar la libertad a otras provincias, hubiera acaso ido a hacerse inmortal en Pichincha o en Ayacucho. Tenía dotes para ello. Pero su carrera se truncó inesperadamente.

En nuestro Archivo Histórico Nacional hemos hallado dos datos que complementan a esta biografía. El uno es una petición suscrita por la Sra. María Francisca Solórzano, viuda de Antonio Arredondo, solicita recompensa para sí y para dos hijas. Acaso sea esta una pista para descubrir la descendencia del prócer olvidado. El otro documento dice así: "Palacio de Santafé a 8 de enero de 1820. 10. Habiendo ocurrido la ciudadana Josefa Martínez, madre del oficial ciudadano Antonio Arredondo, quien rindió su vida en defensa de la libertad, sobre que se le conceda alguna pensión para el socorro de sus necesidades. S. E. por decreto del 16 del presente ha dispuesto acceder a su solicitud mandando que, sin embargo de que el Tesoro no resiste pensiones, la cualidad de ser la suplicante madre de un oficial que se sacrificó por restituir a la Nueva Granada la independencia de que hoy disfruta, deciden al gobierno a señalarle la pequeña cantidad de seis pesos mensuales que se le pagarán en el Tesoro público de esta capital. Lo digo a usted de orden de S. E. para los efectos del caso. Dios guarde a usted muchos años. El Ministro. — A. Osorio".

Recorriendo con dos oficiales del

ejército y un compañero de la Academia de Historia, la ruta de los Libertadores de Socha Viejo a Boyacá, encontramos en el archivo parroquial de Tasco, en el libro segundo de defunciones, esta partida:

"Al margen: Antonio.— En la Parroquia de Tasco a trece de julio de mil ochocientos diez y nueve, yo el Cura interino di sepultura eclesiástica al cadáver de Antonio Arredondo. Recibió los Santos Sacramentos. Doy fe. (Fdo.) Dr. Bernardo La Mota".

Algún buen patriota, acaso un sacerdote, escribió al lado de esta partida esta nota: "Este señor Cura ignoraba los honores con que el Gobierno quiso distinguir por sus méritos a esta ilustre víctima que fue sacrificada para defensa de su patria, y así advierto que el que consta en esta partida fue el señor Coronel Arredondo, marido de la

señora Francisca Zolórzano; se conoce que es buen patriota".

En el mismo libro y en el mismo folio figura la partida correspondiente a la defunción de Juan José Gómez sepultado el 24 de julio de 1819. La misma mano anterior anotó así: "Ojo. Este ilustre Capitán patriota cayó herido en la batalla de Gámeza y traído a ésta con el Coronel Arredondo cuya partida está en la página anterior".

Ojalá los colombianos no sigamos tan ignorantes de los honores debidos a la memoria del Coronel José Antonio Arredondo como lo estaba el sacerdote que registró su muerte, y que pronto algún monumento honre su memoria en el viejo puente de Gámeza, donde recibió sus gloriosas heridas, o en la plaza de Tasco, lugar donde tuvieron reposo sus huesos.

EL EJERCITO LIBERTADOR EN TASCO

En el curso del recorrido que la Compañía de Alféreces de la Escuela Militar de Cadetes hizo por la trayectoria del Ejército Libertador, una vez pasada la cordillera hasta Boyacá, en la población de Tasco el Doctor Oswaldo Díaz Díaz, profesor de la Escuela Militar y Secretario de la Academia Colombiana de Historia, pronunció estas palabras:

Señor Brigadier General, Director de la Escuela Militar, señores Oficiales de Planta, Profesores, Alféreces y Cadetes, Autoridades del Departamento, Autoridades Municipales, vecinos de Tasco.

Se ha dicho que Tunja y su provincia fueron el taller de la Libertad y así es en verdad, si se considera la acción de Boyocá como sello definitivo de la campaña libertadora. Pero este pueblo de Tasco también fue el taller de la libertad donde se forjaron las dos acciones de guerra antecedentes a la gran victoria del puente: las

de Gámeza y del Pantano de Vargas que serán explicadas a ustedes por dos distinguidos oficiales de nuestro ejército.

Ustedes, señores alumnos, están desarrollando una tarea de estudios en el curso de este recorrido. Por tanto esperan oír de mí no una oración altisonante, lírica y emocionada, no una cascada de afortunadas imágenes patrióticas, sino una exposición documentada, hasta donde ello sea posible, de los hechos que van evocando en los precisos sitios donde acontecieron.

Nos hallamos en Tasco. Hay lugares en el transcurso de una campaña que no están señalados por cruentas o gloriosas funciones de armas, pero que jugaron un papel decisivo en el desarrollo de las operaciones. De esos lugares es éste en que estamos reunidos. Trayendo a cuento las voces de los más autorizados testigos, examinemos en qué deplorable estado llegó aquí

el ejército libertador en los primeros días de julio del año glorioso de 1819.

Testimonio de la mayor excepción es el del General Francisco de Paula Santander, Comandante de la División de Vanguardia, cuyas fuerzas, representadas por la avanzada del Batallón Cazadores, fueron las primeras en aparecer de este lado de la cordillera.

Dice Santander: "Ya estábamos en la provincia de Tunja, llenos de satisfacción por haber salido de los peligros y dificultades que nos ofrecía a cada paso la marcha por los llanos, cuando mayores vienen a probar nuestra constancia y esfuerzos, o mejor, a probar el genio del General Bolívar. Tiemblo todavía de acordarme del lastimoso estado en que yo he visto este ejército, que nos ha restituído la vida. Un número considerable de soldados quedaron muertos, al rigor del frío, en el páramo de Pisba: un número mayor había llenado los hospitales y el resto de tropa no podía hacer la más pequeña marcha. Los cuerpos de caballería, en cuya audacia estaba librada una gran parte de nuestra confianza, llegaron a Socha sin un caballo, sin monturas y hasta sin armas, porque todo estorbaba al soldado para volar y salir del páramo: las municiones de boca y guerra quedaron abandonadas, porque no hubo caballería que pudiese salir ni hombre que se detuviese a conducir las. En la alternativa de morir víctimas del frío, preferían encontrarse con el enemigo en cualquier estado. El ejército era un cuerpo moribundo: uno u otro jefe eran los únicos que podían hacer el servicio. Pero, qué podía temer si a su frente estaba el General Bolívar? Aquí es donde este hombre se hace superior a todos los hombres, desplegando una energía y firmeza extraordinaria. En tres días hace montar la caballería, la arma, reúne el parque y restablece el ejército: por todas par-

tes dirige partidas contra el enemigo, pone en efervescencia los pueblos, amaga atacar en todas direcciones y el 11 de julio presenta la primera batalla en las alturas de Gámeza. ¡Oh pueblos de la Provincia de Tunja! ¡Y cuánto contribuyeron vuestros generosos esfuerzos para efectuar esta transformación que ha dado la salud a la república".

Como Ayudante en la División de Retaguardia que comandaba Anzoátegui venía un oficial irlandés, futuro historiador, Daniel Florencio O'leary y éstas son sus palabras: "Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al día siguiente franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario, desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de la altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados: en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados y así logró salvarse a un coronel de caballería. Durante la marcha de este día me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado, abrumado de fatiga, y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos qué ocurría, contestome que la mujer de un soldado del Batallón Rifles estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno.

Cien hombres habrían bastado para

destruir al ejército patriota en la travesía del páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aún los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores, y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el presidente los felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha. El 6 llegó la división de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja; la vanguardia le había precedido desde el día anterior. Los soldados al ver hacia atrás las elevadas crestas de las montañas cubiertas de nubes y brumas hicieron voto espontáneo de vencer o morir, antes de emprender por ellas retirada, pues más temían a ésta que al enemigo por formidable que fuese. En Socha recibió el ejército solícita hospitalidad de los habitantes del lugar y de los campos circunvecinos. Pan, tabaco, chicha, bebida hecha con maíz y melado, recompensaron las penalidades sufridas por las tropas y las alentaron a concebir más halagüeñas esperanzas en lo porvenir. Mas al paso que disminuían los trabajos del soldado, se multiplicaban las atenciones del general. La caballería había llegado sin un solo caballo, y las provisiones de guerra yacían en el tránsito por falta de acémilas en qué transportarlas; a duras penas conservó la infantería secos sus cartuchos en medio de las lluvias, y las armas en su mayor parte estaban descompuestas y se hacía necesario limpiarlas pronto. Las tropas estaban sin vestido, los hospitales llenos y el enemigo se encontraba a pocas jornadas. Pero no era la gran alma

de Bolívar para apocarse ante estos embarazos, que por el contrario solo servían para hacerla cada vez más grande y poner a prueba lo inagotable de sus recursos. Su primer cuidado fue asegurar la subsistencia de las tropas y ponerlas en estado de resistir a los realistas. Con este fin despachó al Coronel Lara, cuya actividad en ejecutar las órdenes del presidente era asombrosa, para que con cuantas mulas pudiera reunir saliese a recoger las armas y municiones dejadas detrás y a reunir los dispersos y enfermos, y mandó también comisionados a recolectar caballos en diferentes puntos y a traer ganados de los campos circunvecinos. Se organizó un hospital, se enviaron espías en todas direcciones a indagar noticias acerca del enemigo y difundir otras exagerando el número, calidad y disciplina del ejército patriota. Nada quedó por hacerse de cuanto podía aconsejar la prudencia".

Pero este ejército aterido por el constante frío de los páramos, desnudo en tal grado que el mismo Barreiro asienta en uno de sus partes: "Los enemigos están enteramente en cueros, de modo que me asombro de cómo pueden resistir los rigores de la estación", contaba con algo.

Contaba, señores oficiales, profesores y cadetes, con el patriotismo de estos pueblos, con la adhesión de las gentes de Socha, de Betétiva, de Socotá, de Corrales, de Gámeza, de Tasco. Sabían los jefes de la expedición libertadora, por lo menos lo sabía muy bien el General Santander, que podíase contar sin reato ni titubeos con los patriotas de estas laderas, de estas abras de montañas, de estos repechos, de estas tierras que se descuelgan del tétrico pavor del páramo como una promesa acogedora. Eran gentes que habían sufrido durísima represión por parte de los expedicionarios de Morillo y de los secuaces de Sámamo y que estaban dis-

puestas a darse enteras y a sacrificar en holocausto de la libertad, vidas, bienes, tranquilidad y familias. No hablo a humo de pajas sino sobre testimonios que hacen fe y me sacan verdadero.

Dice la Orden General de la Vanguardia para el 3 de julio: "El territorio donde marchamos es territorio amigo. Los pueblos no son enemigos y ellos van a cooperar con nosotros en la destrucción del ejército español. Nuestros hermanos, nuestros parientes, nuestros amigos, nos guardan como a sus libertadores. Por tanto ningún individuo de la división podrá tomar cosa alguna sin mi permiso. Todos los víveres se respetarán, en inteligencia de que es nuestra obligación procurar vestuario y subsistencia a la tropa. Sólo lo que se tome en campo de batalla después de concluida una acción es del soldado. Todo lo demás es del fondo común del ejército para mantenerlo. El oficial que permitiere un desorden en pueblo, o marcha, perderá el empleo y el soldado que lo hiciere será pasado por las armas según las órdenes del E. Señor Presidente del Estado.

El General Santander".

El historiador don José Manuel Restrepo, tan sobrio y austero en sus apreciaciones, escribe: "Pero en ningún tiempo desplegó Bolívar más energía ni mayor firmeza y actividad. En tres días junta caballos, remonta y arma una parte de sus jinetes, envía prontos y eficaces auxilios a los cuerpos atrasados, reúne el parque y restablece el ejército en lo posible. En operaciones tan importantes es auxiliado eficazmente por los distinguidos jefes que le acompañan, los Generales Soublette, Anzoátegui y Santander, así como por los Comandantes de los cuerpos de infantería y caballería. Santander era el que más trabajaba y testigos presenciales de la mayor respetabilidad aseguran que a él se debió en gran parte el feliz éxito de la campaña".

“Conmovidos los habitantes de la Provincia de Tunja enviaron a Bolívar noticias, víveres, caballos, armas que mantenían ocultas y cuantos socorros podían dirigirle los amigos de la independencia, rodeados como se hallaban por las tropas españolas. Algunos corrieron a alistarse en sus filas y en breve se reunieron a los republicanos muchos hombres que ansiaban con ansia libertarse del pesado yugo español y de las exacciones de vituallas, caballos, bagajes, alojamientos y otros mil gravámenes que tenían exasperados a los granadinos”.

El Canónigo Cayo Leonidas Peñuela, el más celoso y entusiasta cantor de las glorias boyacenses, dice, después de transcribir el escrito del Señor Albarracín referente al episodio de Socha y que ya fue evocado por quienes allí llevaron la palabra; "No se mostraron menos generosos y activos el patriota Joaquín Leal, el alcalde de Socotá y el de Tasco, cuyos nombres sentimos no conocer. A los tres confió principalmente Bolívar la penosa tarea de hacer repetidos viajes por el temible páramo, recogiendo soldados desfallecidos, bestias cansadas, armas, municiones y cuanto incomodaba a los próceres para la marcha; la gente toda se presentaba gustosísima para hacer estos servicios con ejemplar diligencia y honradez y sin exigir siquiera ración de boca". Más adelante anota: "Volvamos al General Santander a quien habíamos dejado en Tasco. Con actividad incansable restableció su división, proveyéndola de los elementos que le faltaban, como algunos vestuarios, y, sobre todo, caballos para sus jinetes; en tres días estuvo lista para iniciar operaciones".

Dejemos ahora los documentos e imaginemos nosotros la escena. A los

dos costados de la plaza, el vivac del Batallón Cazadores y del Primero de Línea; en la casa consistorial o acaso en la del Señor Cura, el Cuartel del Estado Mayor; entremezclados con la tropa los campesinos, con su ruana de lana virgen ellos, ellas con la mantilla o el chircate; los niños mirando con ojos asombradizos, desde la espalda de las madres o de la mano de los hermanitos mayores, a los soldados. Del poder de los lugareños bien alimentados al de los militares hambrientos pasaban los tasajos de carne, las salazones, los embutidos, las papas floreadas, los bollos de maíz, la totumita con el ají picante, el trozo de panela que vigoriza, el sorbo de licor que alegra. Por allá del lado de las herrerías, no paran los aprendices de batir el hierro para recalzar los pocos caballos de los oficiales, mientras los maestros ayudan a los armeros a repasar las llaves de los pesados fusiles. Secándose sobre costales estarían los paquetes de pólvora envueltos en papel. Por las laderas bajan partidas de potros cerreros que apenas conocen la zoga, o de buenos caballos hechos ya a freno y rienda. Durante meses los han tenido escondidos los ricos hacendados de estos pueblos para librarlos de la requisa de los españoles y ahora los traen espontáneamente con vanidad de criadores y con generosidad de patriotas para que mi General Bolívar o mi General Santander, diestros caballistas los dos, les echen encima la pierna o para que se encarguen de desbravarlos y darles las primeras sentadas los zambos apureños y los vaqueros de Casanare. Apenas remonta una partida de caballería, cuando ya sale de descubierta para rastrearle la pista a las tropas de Barreiro, para llevar partes y proclamas a los otros pueblos para ir a dar auxilio a la división de retaguardia. En la chichería grande, entre el zumbar de las moscas que acuden al gusto de la miel, puntean los cuatros, triples y re-

quintos bien razgados por hábiles tañedores y les hacen contrapunto el rústico capador de cañas, el chucho y el chimborrio. Trazan los cohetes en el aire, como hoy, sus rúbricas de humo blanco y repican en la torre las campanas y se obra un milagro. En tres días, del 6 al 9 de julio, por obra de la generosidad, del entusiasmo y del amor de la patria que tienen estas buenas gentes de Tasco, ese ejército de escualidos fantasmas está en pie de guerra y rompe la marcha para ir a desafiar a los batallones del Rey. Dos columnas se forman, una toma en dirección de Corrales, la otra con destino a Gámeza. Van bajando las laderas a paso ligero porque ya sus carnes no sienten el mordisco de la ventisca helada, como que están abrigadas por las ropas de los vecinos de Socha; ya sus vientres no sienten el torcedor del hambre, porque han repuesto fuerzas; ya no van a pie con torpe caminar, los buenos jinetes de la caballería llanera, porque han remontado en cabalgaduras frescas; ya relucen las hojas de las lanzas cucharonas y rebrillan las llaves de los fusiles de chispa. Ya está el ejército libertador listo para su primera cita con el enemigo y con la historia. Pero esos encuentros serán reseñados por la autorizada voz de un alto oficial. El explicará aquella porfiada acción durante la cual, según dato incontrovertible del propio comandante español, las fuerzas de Barreiro quemaron treinta mil cartuchos contra los libertadores, y las tropas vuelven a Tasco. Porque Tasco es durante dos semanas el cuartel general del Ejército. Hay muchos claros en las filas, los han dejado los muertos, los heridos, los dispersos de aquella acción sangrienta. Sobran ahora fusiles y cartucheras.

“Orden general del Ejército para el 13 de julio en Tasco.

Jefe de día. El señor Coronel Moreno.

Las divisiones pondrán en manos del

señor Coronel Cancino las cartucheras y fusiles sobrantes como también los cartuchos malos que tengan. Los señores Jefes de los estados mayores divisionarios arreglarán del modo posible sus respectivos hospitales, para lo cual se ha ordenado al alcalde desocupar dos casas de las más grandes, a fin de que no haya sino dos hospitales para poderlos asistir mejor. Nombrará cada uno de ellos un oficial o sargento de mucha actividad para que haga de contralor, quienes recibirán del proveedor general las raciones diarias. Para mañana pasarán un estado de los muertos, heridos y dispersos con el correspondiente parte de la acción. El Ayudante General, Coronel Manrique”.

A los dos hospitales van llegando heridos y moribundos. Una camilla, un simple guando, avanza entre el respetuoso y porfiado silencio de los Cazadores de Vanguardia. Es que en ella viene moribundo, desangrándose por dos anchas heridas el señor Coronel Don Antonio Arredondo, Comandante del Batallón. Arredondo, de los que militaron con Bolívar en el año 14, de los que cayeron prisioneros en la reconquista, de los que fueron obligados a servir como soldados en las filas españolas. Arredondo, desertor fugitivo hacia el Valle de Tenza. Arredondo, nombrado por Bolívar a solicitud de Nonato Pérez, Comandante del Batallón de Constantes de la Nueva Granada. Arredondo, que altivo ante las osadías y desmanes de los subalternos de Páez, alzó campo con su gente en Betoyes y fue a reunirse en Zapatosa con los Almeidas y con otros granadinos. Arredondo, el mejor conocedor de los vericuetos de la cordillera. Arredondo, el inventor de la estratagema de Paya, el puntero de la marcha en toda la campaña, el que en Gámeza entró a la vanguardia y fue el último en retirarse con los arreboles de ese cre-

púsculo que se tiñó con su sangre en las orillas del murmurante río de Gámeza. Arredondo, que recibió auxilios espirituales y a cuyas exequias llamaron con dobles melancólicos estas mismas campanas, testigos de bronce que hablan con lengua de acordes sonoros desde hace más de doscientos años en este cielo de Tasco. Campanas que tocaron a muerto aquel 13 de julio y que debieron repicar a gloria el 8 de agosto cuando a estos alcores llegó la feliz epifanía de la libertad.

Volvamos a los documentos, amables oyentes.

Allí en el despacho parroquial se guarda el Libro Segundo de Defunciones y en él está registrada esta partida: “Al margen: Antonio.

En la parroquia de Tasco a trece de julio de mil ochocientos diez y nueve, yo el cura interino di sepultura eclesiástica al cadáver de Antonio Arredondo. Recibió los Santos Sacramentos. Doy fe.

(Fdo.) Dr. Bernardo La Mota”.

Un sacerdote patriota añadió luego estas notas:

“Este Señor Cura ignoraba los honores con que el gobierno quiso distinguir por sus méritos a esta víctima que fue sacrificada para defensa de su Patria y así advierto que el que consta en esta partida fue el señor Coronel Arredondo, marido de la señora Francisca Zolórzano; se conoce que es buen patriota”.

En el libro de Ordenes de la Vanguardia del Ejército Libertador leemos:

Orden general de la Vanguardia para el 13 de julio en Tasco.

Jefe de día. Señor Coronel Antonio Obando.

Oficial de día el Capitán Fermín Vargas.

Servicio, lo dará el Batallón de Línea. Los mayores de los cuerpos presentarán para esta tarde un estado

exacto de los muertos, heridos y dispersos que resultaron de la acción de Gámeza. Se encarga a los Mayores la mayor vigilancia sobre que la tropa se racione temprano diariamente. Los señores oficiales de la Vanguardia en memoria del benemérito Comandante Coronel Antonio Arredondo llevarán hoy y mañana una cinta negra en el puño del sable. Este bizarro oficial ha muerto heroicamente por su Patria. El debe servir de modelo a todos los que tengan honor y sentimientos heroicos. Santander”.

El señor Brigadier General Director de la Escuela me ha hecho hoy promesa —y la palabra de un oficial colombiano es oro en paño y escritura ante notario— de que el grupo que egresa el presente año llevará el nombre de Curso Coronel José Antonio Arredondo.

Hasta el 16 de julio está el ejército

acampado en Tasco. La Virgen del Carmen lo despide ese día de esta comarca. Otro valle, del de Cerinza, será ahora el teatro de sus operaciones. Otros campos de batalla lo esperan.

Tasco vivió días de angustia, días de júbilo, horas de duelo durante esas escasas dos semanas. Luego ha venido siglo y medio de quietud, acaso de olvido. Hoy ciento cincuenta jóvenes guerreros, flor y promesa de nuestro ejército, han venido aquí a recorrer con veneración estos lugares, a recoger algún eco de aquellas palabras, a rendir un homenaje a aquellas gentes, a sentir con el viento frío que nos llega del páramo un hálito de gloria. Así debe ser porque como el árbol se nutre de sus raíces ocultas, la patria se nutre de su historia y hay que aferrarse a ella con la misma tenacidad con que las raíces se agarran al terruño materno.

POST SCRIPTUM

Ya en prensa los dos artículos anteriores, ocurrió la inesperada muerte del señor Coronel Cancino, Subdirector de la Escuela Militar, y compañero del autor en dos viajes hasta Socha, el primero para preparar el recorrido y el segundo en compañía del Curso de Alféreces. Vivimos entonces en estrecha camaradería, comimos a los mismos manteles, nos hospedamos bajo un mismo techo, compartimos las mismas alegrías y palpítamos al unísono en un mismo entusiasmo por las glorias militares de la patria. Ya para el Coronel Cancino sonó la última voz de llamada. Desde éstas páginas le hago el ademán de despedida y le rindo el tributo de mi admiración por sus virtudes de militar, por sus dotes de caballero y por su afable cordialidad de inmejorable compañero.

O. D. D.